



FACTORES Y FUERZAS TRANSNACIONALES EN LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN DE EUROPA

Pedro LOZANO BARTOLOZZI

SUMARIO: 1. Un Imperio volatilizado.- 2. Un «bloqueo» pulverizado.- 3. El miedo a Europa.- 4. En busca de un nuevo mundo.- 5. Un sistema en transformación.- 6. Actores, mensajes y factores.- 7. Conclusiones.-

Comenzaremos con un cuento. Es una narración centroeuropea y dice más o menos así: «Después de terminar la guerra se le pregunta a un hombre: —¿Dónde has nacido?. Contesta: «En el Imperio Austro-húngaro». —¿Dónde has crecido? En Checoslovaquia. —¿En qué Ejército has servido? En el Ejército ruso. —¿Dónde vives ahora?. —En Polonia. «¡Oh, debes haberte movido mucho a lo largo de tu vida!». En absoluto, he vivido en el mismo pueblo toda ella».

Y realmente no es una exageración este cuento. La metamorfosis experimentada por el mapa europeo, especialmente en un doble y contradictorio proceso de movimientos integradores y desintegradores, a lo largo de este grávido siglo XX es realmente espectacular.

En Europa Central y en Europa Oriental con el hundimiento, tras la Primera Guerra Mundial de los seculares sistemas imperiales de los Hohenzollern, Habsburgos y Romanoff, con el afortunadamente intentado fallido del III Reich, con la implantación del orden de Yalta y el dominio soviético en ese espacio y en fin, desde 1989 con el desplome del comunismo y las Repúblicas Populares.

En Europa Occidental hay que añadir además, tras las dos guerras y las dos postguerras de 1919 y 1945, el surgimiento, ya irreversible, del proceso integrador personificado en la CEE y en otras organizaciones internacionales.

Ahora, a mayor abundamiento, mencionaremos una historia real, no un cuento, que sin embargo parece una novela, una exageración, una fantasía y que ha sucedido hace tan solo unas semanas.



Serguei Krikaliou llevaba diez meses en órbita a bordo de la estación Mir y Alexander Volkov, siete meses. Habían sido lanzados desde la URSS en 1991 y mientras se encontraban en el espacio, su país, el más grande de la tierra, «desapareció como tal». Fueron rescatados gracias a un nuevo vuelo especial, el de la nave Soyuz TM-14, que con una tripulación ruso-alemana se lanzó desde el polígono de Baikonur, en Kazajistán, el 17 de marzo de 1992. Parece un episodio de una película de ciencia-ficción y es ya historia.

Estamos siendo testigos perplejos de un período de cambios espectaculares, que además se suceden a un ritmo vertiginoso y cuyas claves no asoman con suficiente fuerza y claridad. En este trabajo intentaré investigar algunos de los factores de esta gran transformación y dibujar las líneas básicas del rediseño del espacio europeo que los acontecimientos más recientes permiten sugerir, haciéndolo con las cautelas aconsejables ante unas circunstancias tan movedizas y complejas.

Comenzaremos considerando el desfile de los hechos, la síntesis de unos sucesos que están todavía abiertos y van generando unas alteraciones geopolíticas y unos *mensajes* ideológicos que van conformando un *ecosistema político* en buena parte distinto del anterior.

La desaparición del Imperio soviético, la extinción del Bloque del Este, la autocrítica europeísta tras el acelerón de Maastricht, la ebullición dramática de los nacionalismos exacerbados y los conflictos que por otra parte existen en el contexto mundial y repercuten de algún modo aquí, constituyen el marco de este análisis.

En segundo lugar, consideraremos los factores y fuerzas que están construyendo este nuevo *complejo relacional internacional*.

I. UN IMPERIO VOLATILIZADO

1.1. Alain Touraine se preguntaba en un artículo reciente si ya no somos capaces de percibir los grandes acontecimientos como lo hicieron Gibbon o Montesquieu al reflexionar sobre la caída del Impero Romano.

«¿Cómo definir la catástrofe que observamos —dice Tourain— y en la que nos hemos sumergido? No se trata sólo de la caída del Imperio soviético, ni siquiera de la desaparición del comunismo co-



mo ideología y como tipo de sociedad; se trata del fin, a lo largo y ancho del mundo, de los regímenes de modernización voluntarista, de los proyectos políticos de construcción de una sociedad nueva y de un hombre nuevo...»

El día de Navidad de 1991 era arriada en el Kremlin la bandera roja con la hoz y el martillo. Una imagen para la Historia.

La guerra fría ha terminado. El Imperio soviético ha muerto, el bloque del Este se ha desvanecido, el marxismo se volatiliza como una de las ideologías clave del siglo. Y además todo ocurre de un modo prácticamente incruento. El *Imperio del Mal* que decía Reagan ha sido derrotado desde sí mismo, sin dispararse, no un misil, ni siquiera un tiro.

No ha habido ni gran revolución interior, ni gran guerra exterior. Una transición veloz desde la *perestroika*, desbordada tras el fallido golpe de agosto. Incluso el nuevo dirigente de Rusia, Boris Yeltsin, es un antiguo y destacada *apparatchik*.

La desaparición de la URSS afecta al espacio geopolítico, con amplias consecuencias en su propio ámbito, en el de su zona de influencia e incluso a escala global, pero además altera las relaciones Este-Oeste y las Norte-Sur, y temas tan radicales como el desarme, las Naciones Unidas o el equilibrio mundial y regional.

En el tiempo hay una llamativa *aceleración* de la Historia y en el orden *de los mensajes*, algo tan importante como la crisis del marxismo y del sistema comunista.

1.2. Ha nacido *la cuestión soviética*, como antes hubo —y ha vuelto a haberlas— la cuestión alemana o la cuestión balcánica. En el ámbito de la URSS se está asistiendo al cambio de régimen político, a la transformación del sistema económico-social, al relevo generacional, a la sustitución de los líderes y dirigentes y además a la transformación de la antigua Unión en un nuevo conglomerado de países de complejo engarce.

Tras las reuniones de Minsk (8-XII-91) entre las repúblicas eslavas de Rusia, Ucrania y Bielorrusia y de Alma Ata (21-XII-91), donde se sumaron las repúblicas de Kazajistán, Tajikistán, Azerbaiján, Uzbekistán, Kirguizia, Turkmenia, Armenia y Moldavia, la



URSS se transforma en la CEI, en ruso SNG o Sodurvjestvo Nesavisimi Gosudarstv.

Ni las tres Repúblicas bálticas ni la caucásica Georgia forman ya parte de este nuevo ámbito de la CEI, en cambio sí lo hacen las regiones musulmanas de la antigua URSS.

Gorbachov no logró sacar a flote su proyecto de la Unión de Estados Soberanos, y se inició una especie de proceso descolonizador del último gran Imperio. Desaparecida la cuerda que ataba el paquete —el PCUS— éste se rompe y desbarata.

La primera consecuencia de la desaparición de la URSS es precisamente el surgimiento de la CEI, la alteración radical del espacio controlado desde el Kremlin como *territorio nacional*.

Este nuevo espacio de poder es vasto y disperso, carece de fronteras claras en buena parte de sus límites zonales y está habitado por doscientos grupos nacionales, propiciando la emergencia de rivalidades étnicas y nacionalistas.

La sacudida que metamorfosea la Unión no es únicamente de orden estructural, afecta a todos los campos: al sistema político, al económico, al social, al militar, al cultural. El tipo de mutación comienza es por lo tanto multiforme e intervinclada.

El calado de los retos, carencias, necesidades, alternativas, propuestas, riesgos y soluciones que se entremezclan es ingente. Y además ocurre en un tejido social desequilibrado, sin tradición democrática, con escaso espíritu emprendedor, falta de capitales y con unas infraestructuras deficientes, entre otros rasgos de esta simultánea transición política del autoritarismo a la democracia y del socialismo al capitalismo.

1.3. Rusia vuelve a ser Rusia y Ucrania nace como otra potencia europea nada desdeñable. Volatilizado el dominio comunista, renacen viejos temores que evocan la interpretación *herodiana* de Toynbee y las nostalgias bizantinas de los Romanoff. El Imperio intercontinental de los zares se construyó en parte frente a dos *miedos*: el temor a los asiáticos, desde Gengis Khan y la Horda de Oro y el recelo ante los europeos, desde Gustavo Adolfo a Bonaparte. A estos *miedos* hay que sumar también el ascenso del Islám desde Turquía e Irán al Asia Central.



Rusia había asumido un cierto concepto de destino imperial como heredera de Bizancio. En 1469 Iván III se casa con Sofía Paleólogo, de la familia que había reinado en Constantinopla, adopta el título de César —Czar en ruso— y el sentimiento y deseo de hacer de Moscú la tercera Roma.

La expansión rusa desde el pequeño principado de Kiev en la Edad Media llegó a su máxima influencia tras la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Ya había escrito Karl Marx en un artículo publicado en abril de 1988 en el Daily Tribune de Nueva York una frase asombrosamente profética: «¿Dónde se detendrá el Imperio ruso? Su frontera occidental está mal definida. Sobrevendrán en ella modificaciones y un día se extenderá desde Stettin hasta Trieste».

Rusia, «prisionera de la Geografía y de la Historia», que hereda, tras la *otomanización* de la URSS su puesto y su *gesto*, sabe también que Yeltsin, como se ha escrito, pudiera ser «malgré lui», una especie de Bolívar, liberador de esa «Cárcel de Pueblos» que reconoció el mismo Lenin.

Si las *marcas* fronterizas son conflictivas —Estados bálticos, Polonia, Moldavia, Afganistán, Irán, China, islas Kuriles— las *marcas* internas no lo son menos.

Pero el poderío militar, aun repartido, sigue siendo apabullante. Si los datos no se han alterado, quedan 27.000 cabezas nucleares, 12.000 sistemas de largo alcance, 15.000 armas nucleares tácticas, 45.000 carros de combate, 6.000 aviones, 3.000.000 de soldados. ¿Quién va a controlar toda esta máquina de guerras? ¿Se repartirá la flota del Mar Negro? ¿Conservará Yeltsin *el maletín* con las claves atómicas?

Ucrania, con 176 cohetes intercontinentales sería la tercera potencia nuclear, muy por delante de China, Gran Bretaña y Francia.

II. UN «BLOQUE» PULVERIZADO

2.1. Las transformaciones en los países satélites son en parte antecedentes y en parte consecuencia de los cambios en la URSS. Ha sido una liberación múltiple, variada, con diferencias locales, pero a la vez única e inseparable de las vicisitudes soviéticas.



El rasgo más compartido es la potente irrupción de los nacionalismos una vez desmoronadas las Repúblicas Populares y sus ya fantasmales organizaciones colectivas, Pacto de Varsovia y COMECON.

Hay dos fotos emblemáticas del fin del Bloque; los soldados húngaros cortando la alambrada fronteriza con Austria el 2 de mayo de 1989 y los berlineses alborozadamente encaramados en el muro el 9 de noviembre de ese mismo mítico año. Lástima que la tercero foto, el contrapunto a esas imágenes de esperanza, sean los trágicos muertos del conflicto yugoslavo.

La Primera Guerra Mundial demolió los Imperios Centrales, pero la derrota del Eje en la Segunda impuso un nuevo dominio, el soviético, que al caer ahora, vuelve a destapar la caja de Pandora de los nacionalismos.

Se adivina que van a coincidir y pronto, las rivalidades intestinas con todos los problemas de la transición política y económica que el hundimiento del comunismo genera.

En Centroeuropa y en los Balcanes existen además de las oposiciones y reclamaciones nacionales, problemas de minorías y cuestiones étnicas y religiosas acalladas que pueden reavivarse. Las revoluciones iniciadas con tacto de *terciopelo* bien pueden acabar con la dureza del hierro.

Es raro el territorio de este amplio espacio que no tenga algún problema reivindicativo. En Polonia, las tierras cedidas a la URSS y las ganadas a Alemania, entre Hungría y Rumanía el contencioso de Transilvania, Rumanía pudiera reclamar Moldavia y Besarabia, Macedonia está dividida entre Grecia, Yugoslavia y Bulgaria, éste último país cuenta con una fuerte minoría turca, como la hay húngara en Eslovaquia. Yugoslavia es el complejo nacional más peliagudo y donde previsible y lamentablemente se han encendido muchas hogueras de odio. Incluso la civilizada Checoeslovaquia, tal vez, acabe rompiéndose en dos.

La mayoría de estos Estados siente atracción de la Europa comunitaria y llamarán a las puertas de Bruselas, pero lo más probable es que la CE sea muy cautelosa y restrictiva en este asunto, lo cual puede crear nuevas frustraciones en una zona que empieza a decepcionarse por lo duro del envite global al que se enfrenta.



El fin de las Repúblicas Populares ofrece aspectos comunes y distintos. En Polonia el protagonismo correspondía al Sindicato Solidaridad, a Walesa y a la Iglesia. En Hungría, el cambio se promovió desde el propio partido comunista. En Alemania Democrática y en Checoslovaquia por la presión popular, con importante presencia de los intelectuales en el segundo país. En Rumanía por la misma *nomenklatura* que se apresuró a eliminar dramáticamente a Ceausescu. En Bulgaria por seguir en parte el ejemplo de la propia URSS.

2.2. La otra gran transformación en Europa Central ha sido la unificación/reunificación germana, culminada el 3 de octubre de 1990, en un plazo fulgurante. Aunque este cambio se produjo antes del fin de la URSS y en gran medida propiciado o al menos aceptado por Moscú, es un dato esencial para ver el rediseño del mapa europeo tras el hundimiento soviético y no sólo en *Mitteleuropa*, como se decía antes. Y es que por lo que atañe a esta parte del mundo, el siglo XX parece haberse volatilizado y cabe preguntarse si no estamos retomando a sus comienzos en vez de estar en su epílogo.

2.3. En la Europa nórdica, con el *renacimiento* de los estados bálticos y la ya innecesaria *finlandización*, es decir no alineamiento, de la zona, es de prever el acercamiento de Escandinavia al espacio de la CE e incluso la incorporación de alguno de estos países a la Comunidad.

III. EL MIEDO A EUROPA

3.1. En contraste con estos procesos de disolución en el gran espacio ex-comunista, la Comunidad Europea se enfrenta al reto del Mercado Único y a las exigencias de mayor integración derivadas del texto redactado en la cumbre de Maastricht en diciembre de 1991. Este documento será recibido de muy distintas maneras por los respectivos Parlamentos y seguramente contestado desde amplios sectores de sus poblaciones.

El reto del momento para los países de la CEE es múltiple: político, económico, institucional, cultural, de seguridad, de mentali-



dad incluso, y sin embargo, los temas que ahora han surgido emergen del propio desarrollo del proceso de construcción europea y estaban sobre la mesa de la negociación hace tiempo.

Tampoco es Maastricht un punto final, sino una fase más, aunque muy innovadora, de esa larga marcha comunitaria y ya se ha previsto una Conferencia Intergubernamental para 1996 con objeto de revisar algunas de las disposiciones clave.

Dos líneas de acción se aprecian en la nueva estrategia: la culminación del gran espacio económico sin fronteras con la introducción de una moneda única y un Banco Central Europeo lo más tarde para 1999 y la progresión en el terreno de la integración política, dándose más poder y eficacia al Parlamento Europeo, más cooperación en las políticas exterior y de defensa, es decir una presencia internacional más compacta, más acercamiento al ciudadano con reformas tendentes a implantar la ciudadanía europea y más solidaridad con los fondos de cohesión económica y social.

Las medidas que paulatinamente vayan imponiéndose en la agricultura, el comercio, la industria, los transportes, las finanzas, las actividades culturales, la educación, la acción diplomática, el medio ambiente, la investigación, los medios de comunicación, la vida política e institucional y las legislaciones nacionales no se van a conseguir sin polémicas, oposiciones, ajustes y sacrificios drásticos que pueden provocar tensiones sociales y rechazos en la opinión pública.

El proceso es, sin embargo irreversible, tan duro y exigente como insoslayable.

Europa también inició su cooperación como respuesta a una serie de miedos que hacía peligrar su supervivencia: el temor a una nueva conflagración continental, el recelo ante el expansionismo soviético y la desconfianza ante la pujanza de la economía norteamericana, pronto seguida por el resurgir japonés.

Pues bien, ahora que ha desaparecido la presión del Este, la Europa Comunitaria se enfrenta a un nuevo temor, recela de sí misma, tiene miedo a ser de verdad, una Europa unida.

3.2. Junto a los problemas creados por la puesta en marcha de lo acordado en Maastricht, que seguramente encontrará sus primeros obstáculos en la fase de su ratificación por los Parlamentos



nacionales, las otras dos grandes cuestiones que aparecen en el horizonte son la ampliación a nuevos miembros y las relaciones con terceros países, bien potentes, como EEUU y Japón, o bien subdesarrollados.

La ampliación es en parte consecuencia lógica del afianzamiento del proceso de integración y de los éxitos de todo orden conseguidos, y en parte, demanda generada por el hundimiento del Bloque del Este.

Austria, Suiza, Turquía y los países nórdicos se acercan a la CEE por el primer supuesto, las ex-Repúblicas Populares por ambos supuestos.

Al entrar previsiblemente los Estados Comunitarios en una fase de autocritica y de reconsideración de sus propios derechos y obligaciones, la ampliación a nuevos miembros no parece muy oportuna, hasta que *cuaje* el Mercado Unico que empieza el 93.

También es posible que Gran Bretaña y Dinamarca, con el fin de aumentar la presencia nórdica y compensar el predominio de Alemania y de los Estados Mediterráneos, apoyen la pronta incorporación de los países escandinavos.

Estas tensiones de rediseño, unidas a los problemas de más hondo calado que el debate sobre Maastricht pudieran generar, esconden riesgos ciertos para la estructura de la CEE y su equilibrio interno, que en el peor de los casos pudieran enconarse y derivar no solo hacia la formación de una Europa de varias velocidades, sino de una Europa *a la carta*.

El otro tema complejo apuntado es el empeoramiento de las relaciones económicas entre la CEE, EEUU y Japón. Una vez rota esa exigencia de exquisito entendimiento entre los aliados por el temor a la potencia soviética, sin cuestionarse la *entente* entre los *actores* citados, es probable que se aflojen los lazos impuestos por razones políticas y se produzcan rivalidades engendradas por la competencia comercial internacional.

La CEE debe ser también vista desde fuera, desde las grandes naciones industriales no europeas y desde el amplio conjunto de los países en vías de desarrollo, que tienen también sus necesidades y carencias y esgrimirán sus contrapartidas y exigencias, en un mundo



menos sujeto por las Potencias, pero más abocado a desajustes y enfrentamientos Norte-Sur.

3.3. Junto a las dificultades económicas y el resurgir de los nacionalismos que también se detecta en Europa Occidental, hay dos grandes carencias que explican en buena medida la actual crisis comunitaria: el déficit democrático y la falta de una mentalidad europea.

Las acusaciones de distanciamiento y burocratización son frecuentes a la hora de criticar a Bruselas. La gente tiene la impresión de que un grupo de ignorados tecnócratas encerrados en los despachos de la Comisión deciden y elaboran el nuevo marco jurídico, sin contar para nada con los Parlamentos ni con los pueblos de los Estados miembros.

La otra carencia es igualmente patente: todavía muy pocas personas se sienten ciudadanos europeos.

Como dijo Delors «nadie se enamora de un gran mercado». Construir la Europa de los ciudadanos, la Europa democrática y la Europa de los trabajadores, la Europa social son dos exigencias clave para progresar en el ilusionado proyecto de construir un espacio europeo, que debe ser un diseño innovador en casi todos los campos, incluido el institucional, abierto, flexible, democrático y riguroso.

3.4. El fin de la división de Europa en dos bandos antagónicos ha sido la gran consecuencia del cambio de situación, pero el hecho ya se había confirmado en octubre de 1990, con la reunión en París de los treinta y cuatro Jefes de Estado y de Gobierno de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). Poco antes, los veintidós Estados miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia firmaron un acuerdo de desarme convencional. Esta última organización militar dejaría de existir el 25 de febrero de 1991 tras una reunión de trámite en Budapest.

Eran los tiempos optimistas de la «Casa común europea», Gorbachov aseguraba a la vez el fin de una URSS agresiva y la estabilidad, confiándose en una transición «controlada» hacia un espacio soviético democrático y capaz de superar sus lógicas dificultades



políticas, económicas y sociales. Pero los hechos discurrirán por otros derroteros más dramáticos y más inestables. El golpe de Estado de agosto, el fracaso de los involucionistas, el descrédito de Gorbachov, el triunfo de Yeltsin y de quienes propiciaban cambios absolutamente radicales no solo darán paso a una honda crisis en la ex-URSS sino al surgimiento de un espacio europeo más desequilibrado y conflictivo.

El derrumbe del Imperio soviético devuelve a Europa, especialmente a la Europa Central y Oriental, a los problemas de la primera postguerra. Hundido el orden bipolar de Yalta, aflora el olvidado *desorden* creado por los tratados de paz de Versalles y Trianón.

IV. EN BUSCA DE UN NUEVO MUNDO

4.1. El complejo marco de las relaciones entre las Grandes Potencias se encuentra radicalmente alterado, es un espacio roto que aún no se ha recompuesto. Prima una cierta sensación de vacío y de angustia creada precisamente por ese vacío que provisionalmente ha sido compensado por la presencia hegemónica de los EEUU.

Si el equilibrio bipolar ha desaparecido, las relaciones Este-Oeste tienen que enfocarse como otra situación muy distinta, sin el lastre de la rivalidad ideológica.

El modo de ser y de actuar de Washington debe modificarse radicalmente. Para los Estados Unidos se trata, como ha dicho Roy, de la desaparición de su «alter ego». Se ha perdido el obligado centro de referencia al Kremlin y al comunismo. «Bush no llora la muerte de un enemigo sino la desaparición de un compañero de elenco de un drama representado sobre unas tablas planetarias». El comunismo era ya casi un componente, por opuesto, del americanismo.

No es descartable que esta conveniencia de un nuevo «estilo americano» en las relaciones internacionales contribuya al triunfo del candidato demócrata en los próximos comicios presidenciales de noviembre. De resultar derrotado Bush, sería el primer Presidente que perdería unas elecciones después de haber ganado una guerra. Cosa no descartable pues EEUU se ha quedado sin enemigo, o al menos sin un *enemigo de talla*.



Tras el fin de la URSS se ha hablado en la prensa americana de un cierto complejo de engaño. «¿Se ha estado luchando contra un fantasma? ¿Ha sido un invento de la CIA este enemigo presentado como invencible y que se desmorona tan fácilmente?».

Un lector del Miami Herald escribió una carta al Director pidiendo que le devolvieran los impuestos por tener la impresión de haber sido poco menos que estafado ante la debilidad del denostado oso soviético.

4.2. ¿Y qué pasa en el resto del mundo, ahora que es un sistema sin contrapesos claros?

¿Se podrá seguir hablando de un Tercer Mundo cuando ha desaparecido el Segundo? Ya en las últimas etapas del mandato de Gorbachov, la URSS *replegó velas* desentendiéndose de las zonas que estaban aún bajo su órbita o eran puntos de fricción con Occidente. La retirada de Afganistán iniciada ya en 1988 empezó este abandono.

La consecuencia inmediata ha sido el debilitamiento e incluso el hundimiento de los movimientos, partidos y Gobiernos marxistas en América Latina y Africa. Cuba puede ser su último y empecinado bastión en el Caribe. En Asia, por la presencia de China Popular, todavía perviven los regímenes comunistas, pero el fin del conflicto camboyano y los rumores sobre la reunificación coreana hacen suponer que en ese enorme Continente, de lento andar histórico también pueden sobrevenir cambios.

El mundo islámico y más concretamente el conjunto árabe verá como alternativa el influjo soviético la potenciación del fundamentalismo que es un modo de respuesta al ateísmo marxista en descrédito y al cariz de corrupción que todo lo pro-occidental suscita. Como ya ocurrió en el Egipto nasserista, el enfrentamiento entre el islamismo radical y sectores *progresistas*, bien modernizadores a la europea o izquierdistas, puede darse en otros países, especialmente en Argelia y el resto del Magreb.

La OLP, que ya resultó *tocada* por el conflicto del Golfo y su apoyo a Sadam tendrá que revisar sus esquemas, como lo han hecho Siria entre los musulmanes y Etiopía, Angola, Mozambique y Namibia en Africa. La convocatoria de la Conferencia de Paz de Madrid



para Oriente Medio también fue posible por el cambio de actitud de la URSS, cuando todavía existía.

Aspecto muy positivo de los nuevos tiempos, que no debe achacarse en este caso al fin de la URSS, es el retroceso del racismo en Sudáfrica donde se van produciendo esperanzadoras reformas para superar el *apartheid*.

En Hispanoamérica la novedad ya consolidada en muchos países es el fin de las dictaduras, en parte propiciado por la ya injustificada excusa de invocar la amenaza comunista, máxime tras la derrota del sandinismo en las urnas. Son ahora el narcotráfico y las mafias de distinto signo el peligro de estos pueblos y es en países como Perú y Colombia donde perviven más riesgos involucionistas.

V. UN SISTEMA EN TRANSFORMACION

5.1. Señala Medina que «en el campo de las relaciones internacionales la palabra *integración* se utiliza con frecuencia para referirse a procesos de aglutinación de entidades políticas soberanas en organizaciones internacionales que cubren una amplia zona geográfica. El término se ha utilizado, sobre todo, para designar los procesos de constitución de áreas económicas unificadas, como la CEE, la ALAC etc».

El concepto es, sin embargo, más amplio y hace mención a la articulación de las partes para formar un todo. Implica componer, unas veces añadiendo y otras recuperando. La palabra nos sugiere casi siempre la idea de globalidad, de coronar un proceso aditivo como totalidad que así se ve completo.

El sentido gradual y procesual de una integración lleva frecuentemente a entender ésta de modo sectorial o espacial y así se habla de *niveles de integración* política, social, económica, militar, funcional...

Plantearse esta temática nos obliga a situarnos en enfoques estructuralistas, sistémicos, funcionalistas o en la teoría de la comunicación, como hacen Mitrany, Haas, Etzioni, von Bertalanffy, Duverger, Gonidec, Kaplan, Deutsch, y Braillard, entre otros.



Cuestión esencial en este campo es diferenciar aquellos modelos de integración que mantienen la entidad e identidad de sus componentes de aquellos otros que los funden y unifican.

En este trabajo estamos refiriéndonos a los factores y fuerzas internacionales en los procesos de integración y desintegración de Europa.

Cuando hablamos del *complejo relacional internacional* en cuanto sistema lo hacemos en el doble sentido diacrónico y sincrónico, por emplear una terminología lingüística, como evolución y como estructura.

La noción de sistema —como explica Burton—, evoca la existencia de relaciones entre elementos que forman parte de un mismo conjunto, es decir, que presentan caracteres comunes dando nacimiento a dichas relaciones y haciéndolas posibles. Estas relaciones toman las formas de comunicación, de transacciones, de intercambios o de lazos de interdependencia. Se puede decir por lo tanto que un sistema está constituido por un conjunto de objetos y de relaciones entre esos objetos y entre sus atribuciones.

Cuando en esas relaciones y componentes impera una fuerza estructural centrífuga, estamos ante un sistema en descomposición o desintegración, si por el contrario, esa dinámica es centrípeta, estaremos ante un sistema integrador.

5.2. Los estudiosos de las Relaciones Internacionales emplean los términos de *actores* y *factores* para referirse a los sujetos y a los condicionantes del proceso relacional, y del medio internacional. En este sentido Mesa habla de la «ecología» de las Relaciones Internacionales, siguiendo a Manning y yo mismo he empleado el concepto *ecosistema*.

Por otra parte cabe considerar al sistema internacional como un peculiar sistema comunicativo y ver el estudio de las relaciones internacionales como la investigación del proceso comunicativo establecido entre los actores, medios y factores de la sociedad internacional, de los mensajes y productos que la informan y del complejo relacional resultante.

Elemento clave de ese sistema comunicativo es la noción de *audiencia*, que define el espacio social, es decir el público ubicado



en un lugar que recibe los mensajes emitidos por los actores del proceso informativo.

El concepto de audiencia así entendido resulta una figura dinámica y flexible.

La idea más parecida en la doctrina internacionalista es la de *marca* y la más opuesta la de la frontera lineal de entender el territorio como algo cerrado e insularizado.

Si se admite que el complejo relacional internacional es un intercambio comunicativo, se comprende que la base *espacial* del mismo no puede ser rígida y conclusa, sino abierta y modificable justamente por la difusión, aceptación o rechazo de los mensajes.

Las relaciones, afinidades y diferencias entre los conceptos de territorio, espacio y audiencia, estimo que son esenciales en la concepción comunicativa del complejo internacional.

La *audiencia* aunque incluye un soporte territorial de ubicación, se refiere prioritariamente a un grupo humano, configurado por la recepción de un mensaje, es decir, a un *público*.

Europa es en este orden de cosas, una peculiar *audiencia* sobre la que operan una serie de actores, mensajes y factores, que en el concreto período de tiempo que consideramos ha contribuido a su transformación desde un rígido esquema bipolar a otro compuesto por contradictorias fuerzas integradoras y desintegradoras.

VI. ACTORES, MENSAJES Y FACTORES

6.1. En el terreno ideológico y político el dato básico es el fracaso del marxismo y del proyecto comunista. Las propias contradicciones del sistema, su inhumanidad, su anquilosamiento le llevaron a un callejón sin salida.

Dos causas precipitan la crisis: el impacto del compromiso de Helsinki y la puesta en marcha de las *perestroikas de la perestroika*.

La aceptación de Helsinki conlleva una revisión del orden comunista y la paulatina apertura del régimen ante una disidencia cada vez más organizada.

La obsesión soviética por garantizar las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial, llevó a Moscú a ratificar el Acta de



Helsinki, pero esta aceptación escondía el germen de disolución del sistema.

La llegada al poder de Mijail Gorbachov y la progresiva implantación de sus reformas económica, institucionales, culturales, sociales y de política exterior, culminaron con la crisis del régimen.

Lo grave fue que mientras el marco político cambiaba, la sociedad no lo había hecho apenas y tampoco su economía, que se había preocupado en establecer un sistema de producción y de fabricación, olvidándose de cuestiones tan claves como la formación de capital, el monetarismo, la competencia o la formación de los precios.

Por el contrario, la expansión del liberalismo y de la democracia, y la aceptación, prácticamente universal de los Derechos Humanos, al menos como arquetipo de ética política, sustentaba un contrapunto ideológico cada vez más sólido y reconocido, que desde Europa Occidental influye en el Este.

El avance de la democracia, que en Europa Occidental había operado como un factor integrador, en la URSS y el conjunto del Bloque del Este opera como un elemento desintegrador, al menos en esta fase de transición.

La ausencia de tradiciones liberales y de una clase media activa, la falta de dirigentes y de asociaciones sólidas, han sido elementos carenciales que lastraron el proceso de cambio.

Lo mismo cabe decir del factor económico, cuya importancia estructuradora supera su propio ámbito al ser un buen exponente del grado de intercambio y competitividad social existente en una *audiencia*.

La transición del comunismo a la economía de mercado está resultando una experiencia dura, difícil, inédita y en ocasiones lacerante. La falta de capitales, empresarios, gestores, cuadros, redes de almacenamiento y distribución, sistemas de promoción y ventas, se une a las dificultades monetarias, al déficit presupuestario público o las barreras en la acción exterior e incluso a aspectos tan dispares como la poca voluntad de trabajo individual, la ausencia de espíritu emprendedor o las infraestructuras inadecuadas.

En lo económico resultó un elemento decisivo el pulso que EEUU planteó con la carrera de armamentos, cuyo último envite, la llamada guerra de las Galaxias, hizo a Moscú tirar la toalla.



6.2. El cambio generacional, tanto en la URSS como en todas las Repúblicas Populares ha sido otro factor clave. Hombres como Walesa, Havel, Pozsgay, Yeltsin o el mismo Gorbachov, por citar únicamente a algunos de los más representativos, son la punta de un amplio y hondo iceberg de nuevos dirigentes, muchos todavía procedentes de la *nomenklatura*, pero otros surgidos al margen de ella y desde la oposición.

Junto al hundimiento ideológico, la crisis económica y el cambio generacional hay que mencionar expresamente el activo papel de la Iglesia Católica, sobre todo en Polonia y el hecho, obviamente esencial de ser el propio Pontífice, Juan Pablo II un hombre «venido del Este».

Entre los protagonistas del cambio sorprende la pasividad de los Ejércitos, que precisamente por esa neutralidad no contribuyeron a mantener el sistema, sino a disolverlo.

¿Qué han hecho en esta historia los militares? ¿Qué ha sido del Ejército Rojo? Estamos sin duda ante uno de los interrogantes menos claros de la gran metamorfosis. Ni siquiera en la caricatura de golpe del 19 de agosto de 1991 cabe hablar una presencia seria del poder militar.

Lo extraño del hecho culmina al encontrarnos, tras la ruptura del sistema, con dos Ejércitos sin Estado, el soviético y el yugoslavo. El primero mantiene cierta unidad al amparo de la CEI, pero el segundo previsiblemente se romperá y hasta se enfrentará, siguiendo la trágica suerte de este artificioso Estado balcánico.

Sin embargo, en este campo de lo militar quedan pendientes graves cuestiones como el control del potentísimo armamento nuclear, en el supuesto soviético y sus corolarios de transferencia de tecnología, venta de armas y emigración de expertos a países situado en *zonas calientes*. Tampoco hay que desechar del todo las posibilidades involucionistas y los riesgos de intervenciones militares, bien en conflictos regionales o internacionales.

Otra cuestión conexas es el vacío de seguridad que deja en el Este la desaparición del Pacto de Varsovia. El factor militar había generado un espacio estratégicamente unificado, que ahora corre el riesgo de verse no solo roto, sino trastocado en otro compuesto por antagonismos alimentados desde nacionalismos incompatibles.



Ese poder militar actuaba además como presión sobre la otra Europa Occidental, que en cierto modo había creado su propio espacio de seguridad como respuesta a esa amenaza. Su volatilización puede aflojar los lazos de la alianza occidental y no solo en el terreno militar.

El fin de la tensión Este-Oeste sí ha tenido consecuencias positivas en un campo tan peligroso como la carrera de armamentos y en este sentido caben mencionarse importantes acuerdos de desarme, proceso iniciado ya, con rigor y sinceridad durante el mandato de Gorbachov.

6.3. Pero el factor clave, tanto en su función integradora como desintegradora, ha sido y es el nacionalismo. El desplome del sistema bipolar ha hecho brotar toda una gama de diversos tipos de nacionalismos y además a escala continental, aunque los ejemplos más llamativos se den en el espacio Centro-oriental europeo.

En cierto modo vuelve a repetirse el proceso que se dio en el XIX, con un nacionalismo alemán unificador y unos micronacionalismos balcánicos desintegradores.

Ya hemos mencionado con anterioridad la multiplicación del número de Estados que el bullir de los nacionalismos ha creado en la antigua URSS y en las Repúblicas Populares.

Europa Occidental ha observado con recelo estos cambios y no ha ocultado su temor a *un contagio*. Sin embargo creo que las consecuencias han sido muy otras. El carácter conflictivo que ha tomado en varias zonas, especialmente en Yugoslavia, el choque de los nacionalismos y lo poco atractivo que están resultando esas pequeñas Repúblicas formados en el Báltico, y en el Cáucaso para un mundo de *macro-audiencias*, están operando, paradójicamente de *de vacuna* en el caso de las reivindicaciones de algunos pueblos occidentales.

Salvo movimientos radicales, los partidos moderados, como se está viendo en España, han optado por la cautela y nadie quiere ver estallar crisis graves en sus regiones. Por el contrario, se aprecia un cierto renacer de los nacionalismos estatales, hasta el punto de estar *ralentizado*, si se permite la expresión, el proceso integrador de la Comunidad Europea.



Los micronacionalismos del Este se complican más por la convivencia de minorías distintas dentro de las diversas comunidades políticas, hasta el punto de ser poco menos que inviable la aplicación de una norma como el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Los Estados con régimen democrático estable, en realidad, ejercen el derecho de autodeterminación en cada elección, pero en el caso de los nuevos Estados, que están refundándose como tales al cambiar de régimen, ven cuestionarse a la vez sus instituciones, sus límites fronterizos y la convivencia de sus habitantes.

El nacionalismo es un fenómeno proteico que además se vincula a conceptos y realidades tan variadas como la etnia, el pueblo, la patria o el Estado, que es la forma política, igualmente proteica de organizar cualquier convivencia social.

Todos estos términos se refieren a realidades cambiantes y que además, como tales conceptos, también tienen su propia historia significativa.

Como ha dicho Alvira, la nación es un concepto cambiante en el tiempo y que se refiere a realidades igualmente cambiantes en el espacio.

Lo mismo podemos decir del Estado y así encontramos en Europa Estados-Nación (muy pocos), Estados plurinacionales y Estados con minorías nacionales internas o externas.

Mientras en Europa Occidental sus Estados llevan varios siglos en pie, el espacio ex-comunista cuenta con Estados de vida corta y polémica, habiendo formado parte de Imperios multinacionales la mayor parte de la Historia.

En realidad los Estados son formas institucionales para organizar las *audiencias* políticas que a su vez pueden constar de diversas *audiencias* nacionales y funcionales, tanto *infra* como *supra* estatales.

Esto se confirma con la aparición de grandes espacios económicos, culturales e informativos sustentados en *audiencias transnacionales*.

La acción de los medios de comunicación ha resultado definitiva en la construcción de estas *audiencias* como se ilustra por la densidad de los flujos informativos o de las redes comunicativas, el intercambio de noticias y programas o el surgimiento de un espacio audiovisual europeo.



Otros factores relacionadores y aglutinantes se refieren a las actividades de ocio, al turismo, a la moda y al deporte, que igualmente se articulan a escala internacional.

VII. CONCLUSIONES

7.1. Si la velocidad de los sucesos confirma el aumento del ritmo histórico, la aceleración temporal, el espacio se ha transformado desde su naturaleza geográfica en un soporte comunicativo para una Sociedad cada vez más articulada como sistema de información.

El espacio, como medio de las audiencias sociales es el ámbito para las actividades informativas que *conforman* la convivencia.

Desaparecido el esquema bipolar, Europa está estructurándose en diversos subsistemas o *audiencias* nacionales, económicas, culturales, militares y políticas que se polarizan desde organizaciones en proceso de integración, como la CEE hasta Estados en revisión, como Yugoslavia, Checoslovaquia o las ex-Repúblicas soviéticas.

Las telecomunicaciones instantáneas o la interdependencia de buena parte de los procesos comunicativos sociales de toda índole, ilustran el fenómeno de construcción de este espacio europeo.

Frente a quienes entiendan los Estados como unidades cerradas, iguales e impermeables, completamente separados unos de otros, siguiendo los planteamientos de la teoría conocida como *bola de billar*, la fuerza de la Historia va gestando un horizonte social mucho más abierto, más comunicado y más transnacionales.

En Europa, las naciones más fuertes se agrupan en audiencias supranacionales, mientras las más débiles se deshacen en unidades infranacionales. Es posible, sin embargo que este desmenuzamiento del Este provoque dentro de pocos años una reacción contraria y las piezas del mosaico, una vez reajustadas, vuelvan a integrarse en audiencias mayores, que a su vez contacten con el espacio europeo occidental.

7.2. Junto al cambio en la concepción del espacio, visto ya como *audiencia social comunicativa*, el otro dato patente es el aumento de la complejidad y globalidad de los retos.



Unas sociedades que viven parecidas carencias, necesidades, y exigencias colectivas, responden con muy parecidos principios y soluciones a esas demandas, generándose un mismo *lenguaje* de valores, intereses y respuestas técnicas.

Al ubicarnos ya en las sociedades postindustriales, en las sociedades de la información, se establece una dicotomía esencial: los elementos comunicativos tienden a ser unificadores y semejantes, pero los elementos informativos pueden perfectamente tender a la diferenciación y el pluralismo. Y además conviene que así sea. De esta suerte las fuerzas y factores de libertad enriquecen un complejo relacional que ha mejorado su eficacia como ecosistema.

En este otro horizonte las estructuras, instituciones, relaciones, intercambios, redes, instrumentos, mecanismos, medios y dinámicas cobran otro sentido y otro contenidos.

Un observador del desafío europeo se encuentra como Gulliver ante reinos de gigantes y reinos liliputienses.

Conviven dos tendencias radicalmente opuestas, la de aferrarse a lo propio, a lo diferenciador, a lo individual o bien apostar por *lo macro*; los grandes mercados, las grandes alianzas, los grandes públicos.

El desafío de esta hora es conseguir construir grandes espacios comunicativos, que sin embargo canalicen una vida informativa rica, libre, diferenciada.

En lo ideológico se imponen los valores democráticos, pero flanqueados por principios de cohesión, igualdad y solidaridad. Y estos valores deben animar a su vez las actividades sociales, económicas y culturales.

La coexistencia de *audiencias* nacionales y supranacionales debe concretarse en organizaciones diversificadas pero relacionadas, que articulen un sistema directorial capaz de devolver a Europa la norma de oro del equilibrio y hacer de su estabilidad un ejemplo de paz para los demás regiones del mundo.

7.3. Los factores y fuerzas de integración o desintegración hemos visto que son los mismos: las ideologías políticas, los intereses nacionales, las necesidades económicas, las creencias y valores cultu-



rales, los actores sociales. Sin embargo, en unos casos han operado como elementos aglutinantes y en otros como destructores.

La explicación radica en la *función comunicativa* que han cumplido estos factores, siendo en un caso *creadores de audiencias*, es decir, integradores, y en el otro caso *rompedores de esas audiencias*, fomentando la incomunicación.

El hundimiento del sistema comunista ha suscitado una doble reflexión. Mientras para unos autores significa el fin de la Historia, como dice Fukuyama o el fin de la era de las revoluciones, en frase de Touraine, para otros es el comienzo de un nuevo período de turbulencias.

Lo cierto es que el fin de la bipolaridad genera una cierta sensación de vacío y desorden, ha resucitado los fantasmas de los nacionalismos y otras hostilidades antiguas y discriminatorias en el Este y al desaparecer la presión sobre el Oeste puede facilitar una especie de involucionismo en el proceso integrador comunitario.

Sin embargo, las fuerzas profundas que corresponden a la nueva sociedad de la información operan en el sentido de favorecer la construcción de grandes audiencias políticas, económicas y culturales.

Es en la tensión entre estas tendencias centrífugas y centrípetas donde hay que situar la problemática europea actual.

La clave está, por lo tanto, en la voluntad política de elaborar y realizar proyectos compartidos, comunicadores. La integración o desintegración obedecerá a la presión de los factores y a esa voluntad política de los pueblos y de sus estadísticas.

Creo que Europa, una vez sacudido el orden de la guerra fría, renacerá desde abajo y buscará en la consolidación de las instituciones democráticas y pacíficas, sus vías de integración pero, de una integración respetuosa con las diferencias y las identidades nacionales. Con los derechos de los pueblos y de los individuos.